

Andrés Abel  
**Scratchers**

El cañón revestidor es ligero como un juguete, pero el generador de onda sólida pesa tanto que he tenido que transportarlo usando una pequeña plataforma con ruedas atada a una cuerda. Resulta bastante patético. Sobre todo teniendo en cuenta que lo que yo quería construir era una puta espada láser.

Asomo mi pasador del marcianito de *Vhoorl Invaders*, mi flequillo a lo Bettie Page doctorada y mis gafas de pasta roja sobre el borde del escritorio que me sirve de escondite, y las brillantes luces de emergencia me revelan que un segundo *scratcher* acaba de reunirse con el primero junto a la puerta delantera de la sala. Lleva un machete tan grande como uno de mis muslos.

Empiezo a pensar que dejar el laboratorio para encargarme de estos capullos no ha sido una buena idea.

No, sí que lo ha sido. Si me hubiera quedado allí dentro me habrían acorralado hace ya un buen rato, y el haz desintegrador del teleportador todavía necesita unos minutos para calentarse. 8 minutos y 34 segundos, para ser exactos. Fue la decisión correcta. Es solo que estar rodeada de fanáticos religiosos con la cara llena de cortes siempre me pone un poco nerviosa.



Las instalaciones subterráneas de la OUnD en las montañas de Tomakube tienen seis niveles. Ahora mismo estoy en el más profundo, donde se encuentra mi laboratorio. Quitando a los *scratchers*, soy la única persona que queda en el complejo. Lo he sido durante los dos últimos meses.

Cuando las grietas comenzaron a aparecer, todos nuestros patrocinadores se volvieron hacia nosotros. En un mundo que se resquebraja como un lago helado bajo el peso de una elefanta en patines, tener dinero invertido en un proyecto de EPI («Evacuación Planetaria Instantánea») representa mucho más que una simple esperanza. Los inversores sabían que el satélite de la compañía llevaba orbitando la Tierra más de un año, perfectamente acondicionado y aprovisionado para recibir a una cincuentena de personas. Lo que no sabían era que el sistema de teleportación (la I de EPI) aún no estaba terminado. O que la nave de la OUnD fue uno de los primeros aperitivos que engulleron las grietas.

Las últimas noticias que se publicaron, cuando aún quedaba alguien con el cuajo suficiente para sentarse a narrar el fin del mundo, seguían hablando del desconcierto que reinaba entre «los científicos». Supongo que se referían a «científicos *de grietas*», geólogos o lo que sean. Desde luego esta científica no tiene ni la menor idea de por qué el mundo se parece cada vez más a una pieza de *kintsugi*.

---

*Fin del fragmento*

*Consigue el eBook completo en*  
<https://lektu.com/l/andres-abel/scratchers/6633>